

Libreta de campo

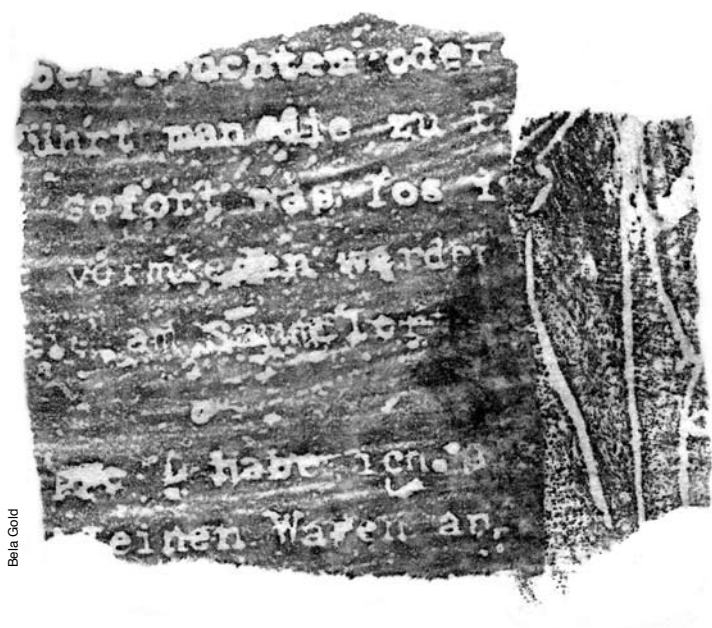
Ana María Peppino Barale

EN JUNIO DE 1979 leí por primera vez la tercera edición de *Pueblo en vilo*, de Luis González. Su modo de abordar la historia sobre la parroquia –o municipio– de San José de Gracia (Michoacán, en los límites con Jalisco, al sur del lago de Chapala) me viene rondando desde entonces. En diferentes ocasiones he regresado a sus páginas para rescatar algo de lo ahí dicho y que recuerdo a propósito de lo que escribo. Como ahora, para explicar mi afán de llenar libretas de campo tratando de fijar en papel mis impresiones, porque también “me gustan las nimiedades, me regocijan los pormenores despreciados por los grandes espíritus, tengo la costumbre de ver y complacerme en pequeñeces invisibles para los dotados con alas y ojos de águila” (p. 12).

Así, revisando las anotaciones rescato hechos acaecidos hace diez años que pueden resultar poco significativos si no se los mira desde una perspectiva orientada a la exposición del tránsito de las mujeres hacia los espacios públicos –en este caso el radiofónico–, en especial de aquellas que por sus características de vida están más sujetas por las normas cerradas de sus comunidades de origen.

Dice Luis González en su “Autodefensa, autocrítica y destino” del referido libro, recordando a su vez lo dicho por el profesor Finberg, que el historiador parroquial necesita un buen bagaje de vivencias y lecturas, simpatía hacia lo que estudia y piernas robustas para “recorrer a pie, una y otra vez, la sede de su asunto, y de visitar personalmente al mayor número posible de parroquianos” (*idem*). Agrego que es indispensable contar con una libreta de campo entre las herramientas indispensables, para ir anotando en ella todos los detalles significativos para el estudio en cuestión.

A fines de los sesenta del siglo xx el plan de estudios de la Escuela –hoy Facultad– de Ciencias Políticas y Sociales,



de la Universidad Nacional Autónoma de México, estaba compuesto por un núcleo de materias comunes a todas las carreras que cubrían los primeros dos años de estudios. Esta base compartida se refería a disciplinas varias, entre ellas la sociología. Tuve como maestros a Pablo González Casanova (Sergio Ramos fue uno de sus ayudantes) y, en especial, a Ricardo Pozas Arciniega, con quien hicimos un viaje de estudio a la zona huichola de Nayarit, donde practiqué las técnicas de investigación de campo enseñadas en el salón de clase.

Más tarde he tenido oportunidad de ir mejorando su aplicación y de responder a mi proclividad por los espacios abiertos, por las entrevistas y el contacto directo con los sujetos de estudio. Con esto quiero explicar mi costumbre de utilizar una libreta de apuntes, tomar fotografías, grabar las conversaciones, caminar mucho y establecer una relación personal con quienes forman parte del estudio.

En este caso recupero parte de las anotaciones y grabaciones registradas sobre el tema de la participación de las

mujeres en el quehacer radiofónico, interés que me llevó a Cuetzalan, Puebla, para estar presente en la celebración del primer aniversario de la XECTZ La Voz de la Sierra Norte (21 de agosto de 1995), la decimocuarta radiodifusora del Instituto Nacional Indigenista (INI). En ese momento Aleida Calleja era la directora de la emisora que transmite en el 1350 de amplitud modulada con 2 000 watts de potencia que le permiten cubrir unos setenta kilómetros a la redonda, territorio que cuenta con sesenta municipios y, hace diez años, con una población de 457 845 habitantes.

La creación del INI fue impulsada por el Instituto Indigenista Interamericano –que surgió del Primer Congreso Indigenista reunido en Pátzcuaro, Michoacán, en 1940– para cumplir con el cometido de crear un organismo nacional en cada uno de los países miembros. El entonces presidente Miguel Alemán Valdés firmó, el 4 de diciembre de 1948, el decreto de la fundación del INI como un organismo descentralizado, para cumplir funciones de enlace entre el ejecutivo federal y las distintas etnias, con objeto de mejorar las condiciones de vida de los pueblos indígenas.

¿Cómo se incorporó la radio a su quehacer institucional? Por una situación fortuita, resultado de un convenio con la Comisión del Río Balsas que quería una radiodifusora en su zona de trabajo del estado de Guerrero. Así nació la XEZV La Voz de la Montaña, que comenzó a operar bajo la dirección del INI en 1979. Cuando la comisión canceló sus operaciones en el área, la emisora quedó bajo la responsabilidad total del instituto y así fue como éste decidió incorporar y ampliar las experiencias radiofónicas no sólo para apoyar sus trabajos y los de otras dependencias federales en las zonas indígenas, sino para orientar sus contenidos a fomentar mejoras en las prácticas agrícolas, alimenticias, higiénicas y sanitarias de las comunidades y, también, para valorar y conservar las lenguas, música y otras expresiones culturales locales.

Si bien la pertinencia de las labores del INI ha sido cuestionada respecto a su valor efectivo de cambio, las radiodifusoras abrieron oportunidades importantes para las jóvenes que dejaron oír sus palabras expresadas en su lengua materna; esta participación en un espacio público que difunde sus voces por las ondas hertzianas otorgó un reconocimiento explícito a la importancia de la presencia femenina y de las lenguas indígenas en espacios antes negados.

Para ejemplificar esta situación con un caso concreto recurro, como dije, a mi libreta de campo y a la grabación

de las entrevistas y a las fotografías que tomé en esa ocasión. Mientras escucho de nuevo las voces de las entrevistadas, sobre mi escritorio despliego las fotos que tomé el día de mi llegada a Cuetzalan. Era domingo, día de mercado, cuando se reúnen los habitantes de las comunidades cercanas que hablan náhuatl y totonaco.

Mis notas se concentraron en el programa *Revista de mujeres*, que se transmitía en náhuatl y español los martes y en totonaco y español los jueves, de 13:30 a 14:30, como parte de la barra de la radiorevista semanal. Sus productoras y conductoras eran dos jóvenes indígenas: Alelí Santiago, de 23 años, y Ocotlán García, de 21. La primera me explicó que la idea del programa surgió del reconocimiento de que en las comunidades rurales la mujer no es tomada en cuenta y que no participa en la toma de decisiones ni en su casa ni –mucho menos– en la comunidad. Se la critica y hasta se la margina si intenta organizarse, si sale de su círculo familiar o local. Entonces, para atender esos problemas se creó ese espacio en enero de 1995. Comenzaron transmitiendo programas elaborados por organizaciones latinoamericanas que despertaron el interés de las radioescuchas.

También se fueron incorporando a la radiorevista espacios dedicados a los derechos humanos, a temas de salud y nutrición y, sobre todo, grabaciones obtenidas en las comunidades, donde las mujeres cuentan sus historias y hablan de los problemas que enfrentan. En esta última línea se apoyaban con cápsulas enviadas por Fempress, la Red Alternativa de la Mujer para América Latina con sede en Santiago de Chile, mismas que se comentaban en “lengua”, es decir, en náhuatl y totonaco. Además, intercambiaban programas con otras emisoras del INI para favorecer el conocimiento de las formas de vida, costumbres y tradiciones de otras indígenas. Por ejemplo, “en la región se ve mal que un hombre tenga varias mujeres pero entre los lacandones es común”.

Asimismo, se buscaba contrastar la forma de preparar comidas representativas de cada comunidad para entender que la variación depende en muchas ocasiones de los productos que están a la mano, los cuales difieren de una región a otra. Así, los contenidos de este espacio radiofónico intentaban ampliar “el conocimiento sobre ellas pero también sobre otras mujeres”.

En esos momentos contaban con la participación de integrantes de la organización de artesanas Maseualsiuamej Mosenyalchikavanij (Mujeres Indígenas que Trabajan Juntas), que reunía a 200 mujeres de seis comunidades cercanas a Cuetzalan (San Andrés Tzicuilan, San Miguel Tzinacapan,

Pepextla, Xiloxochico, Chicueyiaco y Cuantamazaco). Maseualsiamej se fundó en 1985 gracias al trabajo tesonero de sus promotoras Ofelia Pastrana Moreno y Susana Mejía, ambas integrantes de Comaletzin, Coordinadora Integral Feminista Rural, proyecto colectivo y autónomo formado por profesionales con experiencia o vinculación con procesos organizativos de mujeres rurales –mestizas e indígenas– de diferentes regiones del país.

Comaletzin inició actividades en 1987 con dos estrategias de capacitación principales: el Programa de Formación de Dirigentes y los Encuentros de Mujeres Rurales. Asimismo impulsaron la creación de la Red Nacional de Promotoras y Asesoras Rurales como un espacio de intercambio y elaboración teórica. Para Juana Nicolaza Chepe Diego, responsable de comercialización de Maseualsiamej, la participación en la radio le hizo perder el miedo a hablar y le ayudaba a mejorar su expresión. Para estas mujeres no fue fácil vencer las limitaciones impuestas por la costumbre, pero el trabajo en la organización las obligó a participar, a exponer los problemas y necesidades de sus compañeras y las propias. La radio fue otro reto, ya que sus voces eran escuchadas por otras mujeres, conocidas o no, y también por los hombres. Su labor de solidaridad social no se concretaba al trabajo artesanal sino que trabajaban con otros proyectos: vivienda, medio ambiente, productivo (criadero de cerdos y pollo, tortillería y molino de nixtamal). De todas esas actividades se informaba y comentaba en la revista radiofónica de La Voz de la Sierra Norte.

Se aprecia otro de los beneficios aportados por el contacto con Maseualsiamej en el relato de Ocotlán García, quien a los 13 años, después de concluir los estudios primarios, se integró a la organización siguiendo los pasos de una tía materna. Esta experiencia le dio la confianza para responder a la convocatoria de la nueva radiodifusora y aprobar el examen de ingreso. El hecho de haberse criado con su abuela y no bajo las restricciones paternas le permitió mayor libertad que a sus hermanas y hermanos. El adiestramiento recibido en la XECTZ la preparó para las tareas de programación, producción, locución y grabación.

Impresa en papel quedó la imagen de Ocotlán con su traje autóctono manipulando con seguridad los controles de la consola, mientras daba instrucciones en náhuatl a los músicos que habían venido desde su comunidad para grabar sus interpretaciones. En ese momento recordé la imagen de otras indígenas que, igualmente ataviadas con sus ropas nativas, transmitían en quechua y aymará por una radio educativa boliviana.

Ahora que transcribo mi encuentro con estas mujeres no puedo menos que traer a colación una anécdota que José Ignacio López Vigil incluyó en su ponencia “Radios comunitarias: sin vocación de piratas”, presentada en el Encuentro de Radiodifusores del Caribe en Santo Domingo, República Dominicana, el 30 de septiembre de 1994. Este gran comunicador era, en el momento de la reunión, el coordinador de la oficina regional para América Latina de AMARC (Asociación Mundial de Radios Comunitarias); autor de dos extraordinarias crónicas: “Radio Pío XII. Una mina de coraje” (1980) y “Las mil y una historia de Radio Venceremos” (1992), y –con su hermana María– responsable de la controvertida serie radiofónica *Un tal Jesús* (1980), la cual sufrió el veto de las radios católicas latinoamericanas más conservadoras pero que los centros jesuitas se ocuparon de revivir con éxito. Pues bien, dicho personaje relata un hecho significativo ocurrido cuando era director de Radio Enriquillo (República Dominicana), fundada en 1977 por los misioneros belgas de la Congregación del Inmaculado Corazón de María en el pequeño pueblo de Tamayo, a 25 kilómetros de Barahona, la principal población del suroeste dominicano; zona aislada y pobre colindante con Haití. Se encontraba en El Jobo, comunidad cercana a la emisora, para conocer directamente la opinión de los pobladores sobre las transmisiones radiofónicas.

Ahí presencié el asombro de doña Tatita, una viejita que había sido educada en un lugar y tiempo donde el refrán sentenciaba que “las mujeres hablan cuando las gallinas mean”. Ella no daba crédito al escuchar su voz transmitida por Radio Enriquillo. Al salir de la casa de la anciana reflexionó sobre el hecho y llegó a la conclusión de que había descubierto lo más educativo de una emisora: el valor de la palabra. López Vigil se dijo que antes que cualquier mensaje, antes que cualquier consejo o alfabetización, lo más liberador es la palabra, porque “nos hacemos hombres y mujeres cuando hablamos. Aprendemos a pensar hablando. Somos cuando decimos que somos”.

Cierro mi libreta de campo con la satisfacción de haber sido testigo, como José Ignacio, del valor de la palabra de mujeres indígenas de la Sierra Norte de Puebla. Es lo que he querido compartir aquí con la esperanza de que alguna lectora o lector tome la estafeta y actualice esta información o sume otras experiencias similares. •

ANA MARÍA PEPPINO BARALE es profesora-investigadora del Departamento de Humanidades de la UAM Azcapotzalco. Doctora en estudios latinoamericanos, pertenece al Sistema Nacional de Investigadores.